

BOLETIN DOMINICAL

CONSGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

†

LA NATIVIDAD DE N. S.

Et peperit Filium suum primogénitum, et pannis eum involvit et reclinavit eum in præsepio.

Luc., II, 7.

El mundo católico celebra gozoso el nacimiento del Hijo de Dios, el altísimo y consolador Sacramento de piedad que se manifestó en la carne, se justificó en espíritu, se apareció á los Angeles, se predicó á los gentiles, fué creído en el mundo, y recibido en la gloria (1). La Virgen de Isaias, la bendita entre todas las mujeres, dió á luz su primogénito, y le envolvió en pobres pañales, y le reclinó en un pesebre. ¡Milagro estupendo! exclama San

Agustin. ¡Prodigio inaudito! ¡Misterio profundísimo! Múdanse los derechos de la naturaleza, Dios se hace hombre, una Virgen concibe sin concurso de varon, y es á un tiempo, por altísima y sobrenatural manera, Virgen y Madre, Virgen y fecunda y Madre Virgen. ¡Oh mezcla inaudita! ¡Oh novedad prodigiosa! El que es eterno, comienza á ser en el tiempo, el inmenso se hace pequeño, el que tiene el sol por vestidura, se viste de nuestra carne, el que no cabe en los cielos, elige por morada un establo, por trono un angosto pesebre, por abrigo unas pobres pajas, y por cortejo unos animales.

Vamos en espíritu á la dichosa Belen, y penetrando en el establo, apliquemos nuestra inteligencia y nuestro corazón á meditar con profundo recogimiento

el parto de la Santísima Virgen y el nacimiento de su Hijo primogénito, las enseñanzas del pesebre y la manera de aprovecharlas. *Et peperit Filium suum primogénitum etc.*

—
 Estaba escrito que una Virgen concebiría y daría á luz un Hijo cuyo nombre sería *Emmanuel*, que significa Dios con nosotros. Cumplióse la profecía, llegado que hubo la plenitud de los tiempos. La Virgen María, esposa del casto José, cumplidos los días de su embarazo, parió á su Hijo en un establo de Belen, pequeña ciudad celebrada por los Profetas como la mas dichosa de las ciudades de Judá, por haber sido elegida para cuna del poderoso caudillo que llevaria sobre sus hombros el principado y fundaria un reino sin fronteras y de eterna duracion. Contemplad este prodigio inaudito, esta novedad portentosa, que Dios ha creado sobre la tierra. *Et peperit Filium suum primogénitum.* Y María, dice el sagrado texto, parió á su Hijo primogénito. Es el Verbo divino, el Hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre que, inclinando los cielos, descendió á la tierra, y encarnó del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, y se hizo hombre, y nació en pobre cuna

para enseñar al mundo el precio de la humildad y de la pobreza. El recién nacido es Hijo de Dios, la Virgen es madre de Dios. Virginitad y fecundidad, maternidad y virginitad, hé aquí la obra de Dios, la novedad estu-
 penda que se ha verificado en medio de los siglos. Como el sol envia sus rayos sin menoscabo de su ardiente foco, como el aroma se desprende de la flor, y la luz de la frente del astro y la perla de su concha, así nos dió la Virgen el pequeñuelo que nos ha nacido, sol divino del mundo de las almas, esencia eterna que todo lo embalsama con perfumes de exquisita fragancia, perla de infinito valor que los cielos regalaron á la tierra para el rescate de sus servidumbres. La fé y la piedad confiesan, y adoran el parto milagroso de María, llamándola Virgen en la Concepcion de su Hijo, Virgen en el instante de su gozoso alumbramiento y Virgen despues de dar á luz el fruto bendito de su vientre. Confesemos tambien con palabra de fé viva y adoremos con acatamientos profundísimos al Hijo de la Virgen, su primogénito y unigénito, Hijo de Dios por eterna generacion como es Hijo de la Virgen por haberle engendrado en el tiempo por obra y gracia

del Espíritu Santo. *Et peperit filium suum primogénitum.* Este es el pequeñuelo que nos ha nacido y el hijo que nos ha sido dado. ¿Quién os parece que es esenño? Oid, oid. Aunque viene al mundo tan pobre y humilde, Él es el que trae sobre sus hombros el principado, y su nombre es *Admirable*, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, y Príncipe de la paz (1). Aunque se ofrece á nuestras miradas como un parvulillo, Él es el Dios grande y digno de toda alabanza (2), el Dios que esperaba la tierra, el Dios hombre que trae la misericordia, el Rey que nos gobernará eternamente con cetro de amor y de clemencia (3). Aunque nace en un establo, de padres humildes, sin mas compañía que unos animales, Él es el que tiene por trono cabezas de serafines y por ministros y servidores millones de millones de espíritus angélicos (4), Él es el que fabricó el sol y la aurora, y extendió los cielos como un pabellon, y los tachonó de estrellas rutilantes que saltaron entre sus dedos como chispas de topacio. Aunque parece oscuro, débil, impotente, y nece-

sitado, Él es el sol de las almas y de los pueblos, el Dios fuerte y poderoso que conmueve la tierra de su lugar, reduce á pavesas los montes y hace que se estremezcan las columnas del orbe, y domina las tempestades del mar, y orab cosas grandes, incomprendibles, y maravillosas que no tienen número. *Qui facit magna, et incomprehensibilia et mirabilia quorum non est numerus* (1). Adorad al primogénito de la Virgen, y ahora escuchad sus enseñanzas. El sagrado texto os dice que la Virgen envolvió á su Hijo en pañales y lo reclinó en un pesebre. No hubo allí partera, dice San Jerónimo (2), ni asistencia de médicos, la Virgen fué madre y partera á un tiempo, y ella lo envolvió en pobres pañales, pero limpios y honestos. No hubo allí dolor, ni gemido, ni contumelia como en los partos comunes, dice San Cipriano. No tuvo la Virgen un palacio para su hijo, ni telas delicadas para envolverle, ni cuna dorada para mecerle, pero su seno virginal vale más que todos los palacios, y su corazón amantísimo más que todos los tronos, y sus afectos santísimos más que la púrpura de los príncipes y re-

1 Isai., XIX, 6.

2 Psal., 47.

3 Ibid.

4 Daniel., VII.

1 Job., IX, 3.

2 Lib. 1 contra Heividium.

yes de la tierra. *Panniculi pro purpura, pro bysso in ornatu régio lacimæ congeruntur* (1). Pero yo bendigo esos pañales que ciñen los miembros infantiles de Jesús, porque ellos le han servido para romper las ligaduras de nuestros pecados (2). ¡Oh santa infancia de mi salvador! Tú nos has dado la plenitud de una vida robusta y perfecta. ¡Oh, Niño gracioso y amable sobre toda ponderación! Tú nos has librado con tus gemidos de la desesperación eterna y con tus lágrimas del eterno llanto. ¡Oh dichosos pañales que sirvieron para cubrir la desnudez de mi alma! ¡Oh espléndido pesebre donde estuvo reclinado sobre el heno de los animales el que es manjar divino de los Angeles y de los hombres! ¡Oh establo magnífico y delicioso que fuiste elegido para albergue de mi Dios y Salvador! Yo te bendigo porque has llegado á ser la imágen de las grandiosas Basílicas donde adoro al Dios-Víctima y como el símbolo de las eternas mansiones donde veré cara á cara la gloria de mi Salvador (3).

Aprended, cristianos, dice San Bernardo, las sublimes lecciones

que Jesús os dá desde la Cátedra del pesebre. Aprended de El la mansebumbre y humildad de corazón; no desprecies la humildad y pobreza del que siendo Dios se ha hecho Niño, y ha querido morir y ser crucificado por nuestra salud (1). El es el camino, la verdad y la vida. Si no quereis andar como ciegos y caer en abismos de perdición, aprended de Jesús que es la verdad, seguid á Jesús que es el camino, amad á Jesús que es la vida. Vanas son las riquezas, vanos los honores, vanas las delicias, vanísimos todos los goces terrenos que buscáis con tantos afanes. Todo es vanidad y mentira debajo del sol. La verdad y la dicha se cifran en conocer, amar y servir á Dios. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas propter amare Deum et illi soli servire*. El Hijo de Dios nace pobre; ¿y vosotros buscáis, con avidez insaciable, riquezas y comodidades? El Rey de los reyes que no cabe en los cielos, se anonada hasta el punto de nacer niño y tomar la forma de siervo, ¿y vosotros no quereis humillaros y tenéis por deshonor la humildad? El que se sienta en altísimo trono y habita en los palacios inmensos de la gloria descende á la tierra

1 De Card. oper. Christi, sermon. 1.

2 Nyssenius de Nativ. Christi.

3 S. Aug. de Nativ. Serm. 3.

1 Serm. 3. Super *Missus est*.

y elige por morada un establo y por trono un pesebre ¿y vosotros habeis de buscar habitaciones espaciosas, lujosos muebles, y adornos supérfluos, mientras están sin abrigo y perecen de hambre los pobres de Jesucristo? El Unigénito del Padre, el Santo, el Inmaculado y mas alto que los cielos elige la pobreza, la penitencia, las mortificaciones, el hambre, el frio, el dolor, la escasez, las privaciones, y vosotros habeis de correr en pos de las honras, de las vanidades y placeres que degradan vuestra alma y os cierran las puertas del cielo?

Aprended, hermanos míos, donde está la verdadera sabiduría, la verdadera gloria, la verdadera virtud, la verdadera dicha y la verdadera gloria. Buscadlas donde realmente se encuentran: á saber, en la humildad de corazón y en la pobreza de espíritu, en el amor de Dios y en la caridad para con el prójimo, en el desprecio de las vanidades terrenas y en el deseo de las gloriosas realidades del cielo. *Clamat stabulum; clamat præsepe, clamant lachrimæ, clamant panni*, dice San Bernardo (1). El establo y el pesebre, los pañales y las pajas, el tierno llanto y los hondos gemi-

dos del divino Infante levantan sus clamores contra nuestros vicios y liviandades, y nos predicán con mas elocuencia que todos los discursos la necesidad de oír sus lecciones, de practicar sus ejemplos, y de seguir las huellas que nos ha dejado trazadas desde el establo hasta la Cruz. *Hoc fac et vives*. Hacedlo así y tendreis verdaderas dichas en el tiempo y en la eternidad.

Lo que puede un buen ejemplo.

En 1578 habitaba en Madrid un gallardo y jóven militar, que paseaba por las callas muy bien vestido por solo el placer de atraerse las miradas de las que algunos han dado en llamar *pollitas*. Parecia que solo se habia dedicado á la carrera de las armas por lucir su traje de colorines y hacer el *dandy*, ladeándose y no reparando en que, haciendo el calavera hacia tambien el tonto.

Ciertodia un barrendero salpió de lodo inadvertidamente el uniforme del pulido militar, quien, encendido en cólera y volviéndose contra aquel pobre hombre, le dió un fuerte bofetón. Este pidió perdon al caballero militar; le dió las gracias por el bofetón, diciéndole que se consideraba muy honrado, porque tambien Jesucristo los habia recibido. Esta respuesta, dada con la mayor dulzura, sorprendió al militar, que se marchó cabizbajo, meditando y avergonzado: consideró que él tenia la fuerza y el prestigio, y que el

1. Serm. V de Nativit.

otro, como hombre del pueblo, no poseía mas que delicados sentimientos y no tenía otra fuerza que la de la voluntad para dedicarse con cristiana resignación al trabajo cotidiano. Estas palabras dulces quebrantaron su enojo; y en aquel corazón, en que se había albergado la cólera y la ira, tomaron asiento la humildad y la mansedumbre. Dejó el ejercicio de las armas dedicándose exclusivamente al de la virtud, y fundó el hospital de Santa Ana de Madrid, y la Orden de Hermanos enfermeros mínimos, dedicados al servicio de los hospitalarios.

La fuerza del ejemplo convirtió á un vanidoso é irascible en un verdadero Santo.

Este Santo se llamó el P. Bernardino de Obregon.

Puede mucho el ejemplo.

LA MEJOR VICTORIA.

(LEYENDA.)

I.

Pocos habrá que no conozcan, de nombre á lo menos, á *Hacsum*, á aquel temido aventurero que en el siglo IX consiguió dominar en la parte oriental de España inspirando serios temores á los emires cordobeses. Hijo de humilde cuna y dedicado al trabajo de sus manos en Ronda, trocó mas tarde Hacsum tan honrada ocupación por la agitada vida de los salteadores de caminos hasta que los azares de la suerte y las especiales circunstancias de nuestra patria en aquel entonces, facilitáronle la conquista del

fuerte de Rotah el Yehud. Desde su inaccesible guarida, asentada sobre elevados picachos, Hacsum desafiaba el poder del emirato como el águila desafía al rayo, y revolvía en su mente ambiciosos proyectos que no tardaba en realizar.

Barbastro, Huesca, Fraga, Lérida, y cien y cien poblaciones prestaronle obediencia y sumisión. Hacsum dirigió entonces hácia Córdoba su altanera mirada y soñó por un momento en llamarse Emir.

Dulces recuerdos cruzaron por su mente: acordóse de Tarik sometiendo á casi toda España, y de Abderrahmán venido de lejanas tierras con la sentencia de muerte suspendida sobre su cabeza y el odio á los Abásidas arraigado en su corazón. Pensó que quizá estuviera escrito que fuera él con el tiempo el señor de la península española,

II.

Preocupado por tan gigantesco proyecto, Hacsum salió una tarde á pasear por los alrededores de su castillo. Distruido como iba fué alejándose de cada vez mas, y caminando al acaso llegó á una gruta escondida entre jarales y maleza. Hacsum detúvose un momento á contemplarla.

—¿No ves, dijo al criado que le acompañaba, algo en el fondo de esa gruta?

—Señor, si no me equivoco, hay dentro de ella un hombre.

—¿Un hombre? Haz salir al osado que intenta ocultarse á mis pesquisas.

Poco despues un anciano de luenga barba y desordenada cabellera, vestido

con tosco sayal, que una cuerda sujetaba, apareció llevando en una mano sencilla cruz de madera y en la otra un cofrecillo de plata.

—¿Quién eres? le preguntó Hacssum.

—¿Y qué puede interesaros el nombre de un pobre ermitaño?

—Nada, nada; pero quiero saberlo, y estás en la obligación de contestarme.

—¿En la obligación de contestaros?

—¡Cómo! ¿No ha llegado á tus oídos el nombre de Hacssum? ¿No conoces al que por sus victorias conocen todos los hijos de Allah?

Cual fugaz relámpago que brilla en noche tranquila del estío, así la ira se dibujó un momento en la tranquila mirada del anciano.

—Ocupado en otras victorias no ménos difíciles, contestó con aparente calma, no habia podido conoceros, dije mal... recordaros.

—¡Insolente! ¿De qué victorias hablas? ¡ijo Hacssum rugiendo de cólera; pero, antes de que el ermitaño pudiese contestarle, fijóse en la arquilla de plata, y se abalanzó hácia ella.

—¡Jamás! exclamó enérgicamente el anciano.

—Abrela pues.

El ermitaño levantó la tapa, y dejó ver una hermosa trenza rubia como el trigo.

—¿De quién es ese pelo? preguntó imperiosamente Hacssum.

—Es un secreto.

—Contesta ó te hago morir ahora mismo.

—Haced lo que os plazca; mas dejadme un momento para disponerme. Hacs-

sum reflexionó: la severa majestad del anciano, el pensamiento de que iba á cometer una cobardía y el poco motivo que para castigo tan cruel habia, influyeron de tal modo en su ánimo que se contentó con mirar desdeñosamente al ermitaño, y alejarse sin contestarle una palabra.

III.

En el castillo de Rotah el Yehud se nota extraordinario movimiento: hácese aprestos de guerra con actividad, y á toda prisa se reúnen en la fortaleza las tropas de Hacssum. El wali de Lérida, el célebre Abdelmelik ha acudido también allá.

La verdad es que no estaban de más los preparativos: Almondhir al frente de un poderoso ejército ha acampado ya frente á la guarida del *artesano de Ronda* el río Isabana refleja en sus cristales los atezados rostros de los soldados del Emir.

No tardó en empezarse la batalla: los dos opuestos bandos al son de las trompetas y añafles se precipitaron el uno contra el otro, dando salvajes alaridos. Por algun tiempo estuvo indecisa la victoria, pero al fin las tropas de Almondhir llegaron á las puertas del castillo.

Vióse entonces al incógnito ermitaño con su arquilla de plata en la mano penetrar sudoriento y jadeante en la estancia donde Hacssum se encontraba.

—Huid, huid le dijo: Abdelmelik acaba de espirar; tus enemigos no tardarán en ocupar la fortaleza.

—¡Estaba escrito! murmuró Hacssum apesadumbrado. Allah decretó mi muerte, porque, ¿cómo escapar sin que lo adviertan los soldados del Emir?

—Yo os enseñaré una senda que no conocéis pero que he recorrido muchas veces.

—Sea, mas hagamos antes el último esfuerzo. ¡Soldados! El Paraíso está prometido á los valientes.

IV.

¡Rotah-el-Yehud ha sucumbido! El Estandarte del Emir ondea en lo mas alto de la fortaleza.

Aquella noche la luna brilló tan hermosa como siempre, las estrellas aparecieron centellantes en la azulada bóveda.

—¡El cielo es insensible á mis desgracias! pensó Hacsum, que volaba á esconderse en las fragosidades de los Píri-neos.

¿Qué hubiera dicho Hacsum si supie-ra que el cielo estaba de gala? Escuchad.

V.

Los mortales duermen: únicamente Alvaro el ermitaño vela en la apartada gruta donde vive.

—Ya, Señor, podeis llevar de este mundo á vuestro siervo, dice apretando contra su pecho el cofrecillo de plata.

¡Hija mia! ¡Hija de mi corazón! Tu padre es digno, gracias á Dios, de unirse nuevamente contigo... Hoy he salvado de la muerte al hombre que te hizo perder la vida... Hoy he salvado á Hacsum.

Pero el antiguo salteador de caminos no se acuerda... ¡Solo lo sabe Dios! Dios y yo que guardé su trenza como prueba de que jamás te olvidaría.

¡Dios mio! ¡Dios mio! llevadme al cielo para ver á mi hija.

Esto decia Alvaro con entrecortada voz, lanzando tristes gemidos que el eco llevaba de peña en peña.

Y mientras tanto una hermosa virgen cubierta con vestiduras mas blancas que el copo de nieve, postrábase suplicante ante el trono del Eterno.

—Indigna soy de levantar la vista para miraros, pero no retardeis á mi padre el premio de sus virtudes si tal es vuestra divina voluntad.

—Él, añadian los ángeles, ha alcanzado la mayor victoria que puede conseguirse en la tierra. Él ha triunfado de sí mismo.

VI.

—Hacsum y Almondhir no existen: sus estrepitosas hazañas hundiéronse con ellos. Con ellos que vencieron á ejércitos poderosos y dominaron en hermosas poblaciones!

Pero mas allá de las nubes y del espacio donde los astros giran, en el alcázar donde Dios reúne á sus escogidos, Alvaro, el ermitaño de Rotah el Yehud reina eternamente.

Y los ángeles cuando pasan junto á él cantan con melodioso acento como el día en que murió.

—Sea Dios ensalzado en sus santos. Looor á Alvaro que alcanzó la mayor victoria, porque supo triunfar de sí mismo.

H.

De (*La Verdad.*)

